

literario» de cada uno; da su apariencia personal, datos, aspectos psicológicos, etc. Gracias a su estilo flexible, al conocimiento de la materia y a su fino tacto crítico, la lectura se hace amena y provechosa, porque la forma de hacer sus estudios tiene cierto carácter docente, didáctico, expositivo y a la vez de análisis crítico. Digamos se une la didáctica y la crítica literaria. Siendo este método útil por una parte y valioso por la otra. Esta clase de obras hacen falta en todas partes, porque en ellas se encuentra todo lo relacionado con un escritor.

Los «Novelistas Contemporáneos de América, es sin lugar a dudas, un libro valioso para el conocimiento de las letras de nuestro Continente. Aquí vemos hasta dónde se nos conoce, y el lugar que ocupan nuestros escritores con relación a los demás países. Sin duda, que no estamos mal representados. Pero existe un Augusto d'Halmar y un Mariano Latorre, un Alberto Romero y un Luis Durand. Valores que en otra ocasión ojalá no sean olvidados.

Arturo Torres Rioseco, con su obra reciente se ubica entre los mejores críticos sudamericanos, tanto por su fina penetración literaria como por su interpretación, tanto por la forma y el estilo claro de sus estudios.—FRANCISCO SANTANA.

■  
<https://doi.org/10.29393/At185-13MSAU10013>

EL MAESTRO DE SOLEDADES, por *Roque Esteban Scarpa*.—Editorial Padre Las Casas, Santiago

Si ahondamos en el contenido, en la raíz misma de la etapa histórica que nos ha tocado vivir, encontraremos no sólo en ella sino en los entendimientos más ilustres que la conducen, una resultante espiritual invariable: su pasión por el hombre. Porque es evidente que asistimos al descenso de una cultura y al advenimiento de otra, siendo las resquebrajaduras ideológicas, a menudo tan profundas, que se ha perdido la fe en todos o en más de

un ideario tradicional, quedando sólo en pie la condición humana. Tal es la médula de este nuevo Renacimiento en que el hombre se apasiona de sí mismo y de sus espejos. En un sentido va a su esencia más recóndita, va a los sótanos de su conciencia y le da plena cabida a Freud, un sabio nacido en otro siglo, pero nuestro para siempre por su agudeza y pasión humanas. En otro aspecto, se verifica el curso de nuestra época de un modo análogo y es así como para el Cristo del Sermón de la Montaña, Marx o Lenin, rige un destino cronológico de la misma índole. Y si seguimos hurgando en la esencia de este encadenamiento podemos constatar que no cesa. En efecto, la biografía como género literario nos ha seducido por su contenido humano con una pasión inusitada, de tal modo que las misceláneas biográficas de un Zweig, han llegado a constituir para el hombre de hoy una codiciada especie de museo de cera, proyectado en la mejor esencia del tiempo y de lo humano. En este círculo vivo, en que el hombre desmenuza las más densas umbrías de la conciencia y en su eficaz determinación de darle corporeidad a la justicia en el terreno de lo social, sin duda están cimentadas las obras literarias de mayor médula y ala de nuestros días.

Por eso, al adentrarnos en la lectura del «Maestro de Soledades», no nos ha sido extraño constatar su pausada raigambre de orden vital, a pesar de la ceñida ortodoxia católica del autor y el hecho de versar la obra sobre grandes figuras del Siglo de Oro Español.

Roque Esteban Scarpa, dotado de una aguda intuición y con un fervor siempre en vilo, ha conseguido con plenitud su objeto, por cuanto ha eludido toda faceta crítica, para concretarse a la interpretación psicológica de los maestros españoles que integran sus ensayos.

Como en una pinacoteca de carácter íntimo y de relieves profundamente espirituales, surgen ante nuestro entendimiento encendidos en un determinado instante de su vivir más logrado: Garcilaso de la Vega, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Que-

vedo, Góngora, Lope de Vega y Herrera, el Divino. Pero estas individualidades a pesar de llevar en sí un vigor de caudales tan hondos, son a menudo débiles brazos fundidos en un río aún más profundo: la adusta efigie lírica de España, que transfigurada se prolonga sin cesar en el transcurso de los siglos.

Scarpa, con indudable acierto, a través de todo el libro acentúa la eficacia de la poesía en la estructura y destino del pueblo español. En el ensayo que sirve de preliminar al conjunto, nos dice:

«El dulcísimo aire es la voluntad poética de una raza, de un pueblo, de una esperanza. Sólo la poesía puede conducirlo a su destino. Ella le cría alas para volar, sin fatiga, en ese aire; le tonifica la débil voz del canto; le renueva bajo su espesa sombra su propia esencia, y le revela que cava en su vivir su monumento.

La poesía es, además, certera: conoce el exacto itinerario de su vuelo; sabe que el jubiloso camino está en relación indisoluble con el seguro fin: es ala voladora, rápida flecha de plumas buscando el blanco en qué herir. Y en un pueblo, en un poeta, lo que vuela es su destino, el entrañable deseo de su salvación, de su apogeo celeste:

tengo hechas  
de las plumas de tus flechas  
las alas del corazón,

escribirá un poeta, dando testimonio de la igualdad de sus deseos, de sus heridas, y su destino enamorado. Y don Francisco de Quevedo, reconoce que

del mismo que alas hice en mi jornada,  
lenguas para cantar hice primero.

En el principio era el Verbo, la poesía externa: la acción, alado movimiento, viene después. También, primero, el pueblo

tiene la idea poética de su destino y, luego, «calzó de viento» la arrebatada acción.

Si ha existido pueblo alguno en el que la voluntad de su destino haya sido el mismo aire de su poesía, este pueblo es el español. Su grandeza nació de su primitivo afán de unidad nacional, y, posteriormente, de aquel otro de reunir la tierra bajo un monarca, un imperio y una espada».

En un breve ensayo alude Scarpa, a la soledad espiritual en la que con frecuencia se funden indisolublemente casi todos los creadores. Soledad muy por encima de la amistad de ponderados amigos o de paniaguados y aduladores que pululan en el instante de la apoteosis. Soledad que es ala y que gesticula dando grandes tumbos en el más puro vacío:

«Humana soledad—nos dice—que sufre todo aquel que puesto en el mundo quiere algo más que ser ceniza de los días; humana soledad de Garcilaso y del divino Herrera, en el amor; soledad del hombre Lope, que siente desvanecerse su propia estatua en el tiempo implacable; soledad artificiosa y pura de Góngora en su poesía; primera soledad absoluta de San Juan de la Cruz en la noche oscura: a todas ellas las resume, viviéndolas, el maestro Don Quijote».

En este prisma absoluto de la soledad espiritual, en que el hombre casi enajena sus facultades y sale idemne de los espesos líquenes que el tiempo acumula en su curso, ha afincado su ojo el autor de «El Maestro de Soledades». Un acervo documental muy copioso, orienta su sensibilidad con eficacia siempre lograda, por el difícil espíritu de los ingenios españoles que son el objeto de su fervor. A menudo, causa asombro su peculiar manera de deslizarse de una cita poética a otra, conducido por su intuición, como un sonámbulo que no extravía un solo peldaño en la nocturna y tortuosa escalinata. En efecto, en el ensayo intitulado «El Dulce Lamentar de Garcilaso», nos dice que «sería lo poético perfecto, si su forma fuese a la vez su esencia, como en

los cuerpos gloriosos», para citar luego a Dante, con verdadera maestría:

«La imperfección, como el Dante escribió, comienza donde:

qual por el ayre claro va volando,

tanto más profunda y exacta cuanto menos se vislumbre la sombra de su cuerpo, cuanto más se acerque a la pura intuición angélica. Entonces el cuerpo se hace uno con el claro aire, se esfuma el demonio, y sólo queda en el cielo de la poesía, la voz del ángel, la melodía celeste:

E una melodía dolce correva  
per l'aere luminoso».

Tal vez el capítulo máspreciado y complejo de «El Maestro de Soledades», es el que se intitula «El Examen en el Amor». En él se da con privilegiada hondura, esa esencia humana y de ardua discriminación psicológica, que constituye la más pura médula del libro.

En medio de una densidad espiritual casi imperceptible, el entendimiento de San Juan de la Cruz, va tomando ante nuestros ojos contornos definidos. Con una precisión inusitada, Scarpa nos señala las íntimas razones de su vigilia amorosa, ora recogiendo las propias palabras del místico, ora trayendo la lengua de ilustres testigos del Siglo de Oro:

«Ha escrito Santa Teresa de Jesús—nos dice—una frase magnífica acerca del conocimiento y el amor: «El conocimiento no es habitación, sino tránsito; la habitación es el amor». El conocimiento puede aliviarnos el camino, dar agrias y repentinas luces que sean como hitos señaladores de distancias, o indicaciones de peligrosos abismos; pero, en el conocimiento no descansaremos, no podremos reposar viviendo, pues él es inestable, es infinito, y el caminar es recorrer y rodear alguna cosa, y no estar

en la médula de algo: andar el infinito es empresa loca, impropia de un conocimiento que tiende a apoyarse en firmes pilares para dar otro paso. Cuando Icaro alzó su vuelo al sol, llevando la cera de la tierra, el conocimiento elaborado de las abejas terrenas, no pudo resistir el fuego del astro, derritióse todo el trabajado armazón humano, y cayó destrozando su cuerpo. «El secreto de Dios no admite espía», escribió Quevedo. Admite sencillos enamorados, compartidores de su secreto, balbucidores de su alegría. El conocimiento, queriendo meterse en Dios, puede conjeturar, hacer sólidos pronósticos, pero sin detenerse jamás, pues se fijaría en una inexacta verdad. El drama del conocimiento es que nunca, sin dejar de ser el mañoso viejo hombre de siempre, podrá detenerse. Renaciendo un amor, sabiéndose humilde tránsito, puede salvarse y reposar: San Juan de la Cruz así exigía la noche oscura de la purgación de no saber nada para saberlo todo.

«La habitación es el amor: allí se entienda el todo, allí si que se ve sin movimiento, allí si que se es libre prisionero. Abandonado el afán de conocer, metido ya en los caminos del amor, San Juan de la Cruz encuentra tres maneras de perfección en el penar por el Amado, según la noticia que se tenga de él; «La primera se llama herida, la cual es más remisa y más brevemente pasa, bien así como herida, porque de la noticia que el alma recibe de las criaturas le nace, que son las más bajas obras de Dios». «La segunda se llama llaga—«y todos más me llagan»—la cual hace más asiento en el alma que la herida, y por eso dura más, porque es como herida ya vuelta en llaga, con la cual se siente el alma andar llagada de amor. Y esta llaga se hace en el alma mediante la noticia de las obras de la Encarnación del Verbo y misterios de la fe; los cuales por ser mayores obras de Dios y que mayor amor en sí encierran que las de las criaturas, hacen en el alma mayor efecto de amor; de manera que si el primero es como herida, este segundo es ya como llaga hecha, que dura. De lo cual hablando el Esposo en los Cantares con el alma, dice: Llagaste mi cora-

zón, hermana mía, llagaste mi corazón con el uno de tus ojos, y en un cabello de tu cuello. «La tercera manera de penar en el amor es como morir, lo cual es ya como tener llaga afistolada, hecha el alma ya toda afistolada; la cual vive muriendo hasta que matándola el amor, se causa en el alma mediante un toque de noticia suma de la divinidad, que es el no sé qué que dice en esta canción que quedan balbuciendo; el cual toque no es continuo, ni mucho, porque se desataría el alma del cuerpo, más pasa en breve; y así queda muriendo de amor, y más muere viendo que no se acaba de morir de amor».

Del mismo modo, están vivificados por una belleza literaria e interpretativa ejemplar, los ensayos intitulados: «Doctrina para Vivir y Morir»; «Fuero y Fuga de Góngora»; «La Mariposa en el Fuego» y «Pérdida del Español». En el primero de ellos, en una síntesis de escogida donosura, nos da una acabada definición del español, conjuntamente con estudiar el sentido humano de Quevedo:

«La preciosa guerra, la enardecida lucha de Quevedo,— afirma—no nace de la duda, sino de lo contrario: de la fe. Por esto es que, si escogiésemos de entre los escritores españoles quien se acercare con mayor fidelidad al prototipo del español, tendríamos, forzosamente, que pensar en Quevedo. El combate interno del español es que amando con pasión la vida, por fe sabe que ella es la verdadera muerte, y que, muriendo vivo, construye su eternidad. Quevedo entre tanta aventura lo que busca es hartarse, es matar en vida su inquietud, es vivir minuto a minuto su muerte. La lucha se entabla entre su pensamiento, conecedor de la muerte, y su pasión, enamorada de la vida: un verso nos resume esta otra forma de agonía:

amo la vida con saber que es muerte».

Finalmente, en este libro de estilo tan seguro, Scarpa ha intentado definirnos algo indefinible: la Poesía y su lengua, a menudo vacila:

«...la poesía—nos dice—es el total de las posibilidades humanas en el hombre: posibilidades que se cierran como un anillo, cuando se toca la santidad que mueve músicas celestes, que sale danzando de la celda como en una Teresa de Jesús: capacidad ansiando realizarse en el ser del hombre, ser sediento de ser. Y de aquí nace el hermoso contrasentido de la poesía. La poesía es alguien que se mira en el espejo: es la acción de mirar y a la vez la sombra de quien mira, la voz y el sonido, la vida y el aliento».

Sin duda, esta definición de hermosura tan compleja, cabe en el poeta, ya que la poesía es siempre una suprema síntesis, pero no en el hombre, pues la lucha de éste «por su expresión» cabe en todas las artes, la Ciencia, la Religión, y aún en la Política. Es evidente, que el espíritu del autor, está en aquella interpretación restringida, ya que anteriormente nos habla del «hombre poético».

En suma, «El Maestro de Soledades», es un conjunto de ensayos sabiamente conducidos, que constituye un armonioso retablo en donde surge vivo el cuerpo y el espíritu de grandes maestros del Siglo de Oro Español. Sin duda, es un libro chileno que pertenece a la literatura de América.

ANTONIO DE UNDURRAGA

■  
CORBÁN, por Aldo Torres Púa

Con una franja de ceniza en la voz, Aldo Torres Púa nos grita en su libro, que es una manzana de sangre mordida por la muerte:

«Mis huesos se levantan y florecen,  
huerto al fondo del patio de este mundo.  
Un libro se abre y surgen los fantasmas,  
páginas de sedientos carcomidas».